

## EDUARDO ARZT

por Damián Refojo

Eduardo (de aquí en más Archie, como todos lo conocemos) fue mi mentor y hoy, desde otro lugar, sigo aprendiendo a su lado. Lo conocí allí por el año 1994 cuando yo era un joven estudiante de medicina y becario de investigación de la UBA. Por un trabajo en colaboración visité su laboratorio en el Instituto Lanari, que él recién había renovado al regresar al país con un subsidio muy importante de la Fundación Volkswagen. Quedé impactado inmediatamente y desde ese mismo momento decidí que iba a trabajar con él, sin importar lo que me costara o el tiempo que llevase.

Una vez terminada mi beca de estudiante lo contacté para formar parte de su grupo de trabajo y cuando me disponía a ir a visitarlo al Instituto Lanari me dijo: “No, mejor venite el martes que viene a Exactas (la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la UBA) porque vamos a inaugurar el Laboratorio de Fisiología y Biología Molecular (LFBM)”. Corría el año 1997 y yo no podía creer la oportunidad que se abría ante mí. Nobleza obliga, yo era un no muy brillante estudiante de medicina; temprano en la carrera había caído en la cuenta de que nunca sería un buen médico, y siempre me costaba sentarme a estudiar materias como medicina legal o salud pública. Lo único que realmente ocupaba mi



cabeza era la ciencia. Pero sobre la biología molecular lo ignoraba todo y ese laboratorio, el LFBM, pasó a ser mi segunda casa. Mi mujer -aquí a mi lado mientras escribo- me murmura: “por el tiempo que pasabas ahí, más bien tu primera”.

Creo que el LFBM nunca fue un laboratorio, sino un Instituto porque llegó a reunir más de 14 grupos de trabajo con diferentes temáticas e intereses, desde evolución en plantas y *splicing* alternativo hasta neuroendocrinología y electrofisiología. El espíritu ecléctico y multidisciplinario que tuvo el LFBM en esos tiempos le dio una propiedad única. Fue un lugar increíble de aprendizaje, de debates de todo tipo, de interacciones científicas del más alto nivel, y también de tremendas discusiones pero aún más grandes amistades. Todo allí se vivía con gran intensidad y la ciencia se respiraba en cada pasillo.

En el LFBM fue donde Eduardo

afianzó con una catarata de *papers* su influencia en el campo de la neuroendocrinología molecular y donde su grupo clonó y estudió el gen de RSUME, lo cual fue objeto de gran reconocimiento posterior.

Como todos los lugares donde estuvo, Archie quería, defendía y luchaba casi obsesivamente por cuidar los espacios de trabajo: que sean agradables, que estén cuidados, pintados, que los equipos que se dañaban se arreglaran o reemplazaran tan pronto como fuera posible. En definitiva, que tengan estándares internacionales. Era la antítesis del “lo atamos con alambre”, de la “argentinidad al palo”. La argentinidad podía y debía pasar por otro lado, por ser mejores y tener institutos de investigación de nivel y producción de valía internacional.

Claro, aquel Instituto como todos los Institutos allá a lo lejos (y desgraciadamente también hoy día, aunque probablemente estemos mejor que entonces) carecían de los recursos de personal y financieros para mantener y mejorar las estructuras edilicias y de trabajo. Eso requería de un compromiso y un esfuerzo adicional de la comunidad científica en tareas que en otros lugares del mundo son “extra-científicas” y eso era a veces difícil de manejar. Pero Archie tenía una visión ineludible en ese

sentido y aunque en esos momentos era a veces difícil y cansador, con el tiempo comprendí que esa “filosofía de trabajo” redundaba en beneficios para todos y era no funcional sino fundamental para mantener altos estándares de trabajo en nuestro medio. Años después, cuando continué mis estudios postdoctorales en el Instituto Max Planck de Psiquiatría de Múnich, entendí mejor porqué eso era importante.

Fue en el LFBM también donde Archie comenzó a dejar una impronta poco frecuente en nuestro medio y creo yo, no suficientemente reconocida: la de dar oportunidades, la de hacer “hacia adelante” y para otros. Porque la creación del LFBM permitió con el tiempo que no menos de 20 jóvenes investigadores puedan volver al país y tener un lugar de trabajo de excelencia para los estándares argentinos. Y no menos relevante, este relato sólo se confina al tiempo que yo trabajé como estudiante y becario doctoral (1997-2004), un periodo del país donde la ciencia (como la gente) no la pasó precisamente bien y conseguir recursos era una titánica lucha cotidiana. Hoy, varios de mis amigos de entonces en el LFBM son investigadores exitosos en el exterior y -aún más- han logrado retornar a la Argentina y son investigadores del CONICET. No tengo duda que muchos de nosotros no hubiésemos podido volver sin la semilla que plantó el “Instituto” LFBM.

En 2005 me marché a Alemania con mi familia a continuar con mis

estudios postdoctorales en el Instituto Max Planck de Psiquiatría de Múnich. Más temprano que tarde observé que Eduardo había dejado una honda huella en ese Instituto y en la Sociedad Max Planck, donde todo el mundo lo conocía y respetaba.

Dos años después, visitando el país, me dijo que estaba trabajando duramente en la creación de un Instituto multidisciplinario que se erigiría en las ex-bodegas Giol de Palermo con apoyo del Gobierno Nacional y la Sociedad Max Planck. Dos razones hicieron que no me descostillara de risa *in situ*. Una, que la Sociedad Max Planck no suele embarcarse en proyectos inviables; y la otra, que ya había visto ese espíritu de hacedor ineludible que Archie podía encarnar. No obstante, la obra era mayúscula y los gobiernos nacionales no se caracterizaban por dar tanto lugar a la ciencia, ni mucho menos por ser fiables cumplidores de compromisos asumidos. Dos años más tarde se celebraba en una gran carpa instalada a la vera de las “ruinas” de las bodegas Giol el primer *meeting Frontiers in Biosciences* donde más de 30 directores de Institutos Max Planck dieron sus conferencias (junto a muchos otros destacados investigadores argentinos) mirando de reojo esos edificios abandonados. No tengo ni un vestigio de duda que muchos pensaron: “estos edificios ruinosos nunca contendrán un laboratorio de investigación”. Y yo debo confesar que mis pensamientos fueron más mundanos, simplemente me dije: “Archie está loco... como una

cabra”. Y hoy sigo creyendo creo lo estaba.

Pero en ese brevísimo e histórico período de tiempo, la ciencia convivió con una anomalía política y la secretaría de ciencia devino Ministerio, y la obra se aprobó, y lo que es aún más sorprendente, comenzó. Dos años más tarde Eduardo me llevó a ver el avance de las obras y su “oficina en el Polo”. Esa oficina era un *container* que lindaba con el de los arquitectos y del director de obra, ubicados en lo que hoy es el Parque de las Ciencias que bordea a los edificios del Polo Científico de Palermo. Tres veces por semana pasaba allí horas ayudando y empujando para que las obras se hagan en tiempo y forma, y contribuyendo a solucionar las innumerables trabas, que en las obras que valen la pena en nuestro país, crecen como hongos en el bosque. Eduardo estaba creando no su primero sino su segundo instituto de investigación.

Hoy escribo desde mi oficina en el tercer piso del IBioBA-Max Planck Partner Institute de Argentina en el Polo Científico e intento recordar detalles y fechas mirando por la ventana hacia el Parque de las Ciencias, donde decenas de chicos que vienen a visitar el Centro Cultural de la Ciencia juegan en un sube y baja con forma de uniones químicas, y trepan a un laberinto con forma de cromosoma, justo allí donde Archie tenía su “oficina del Polo”.